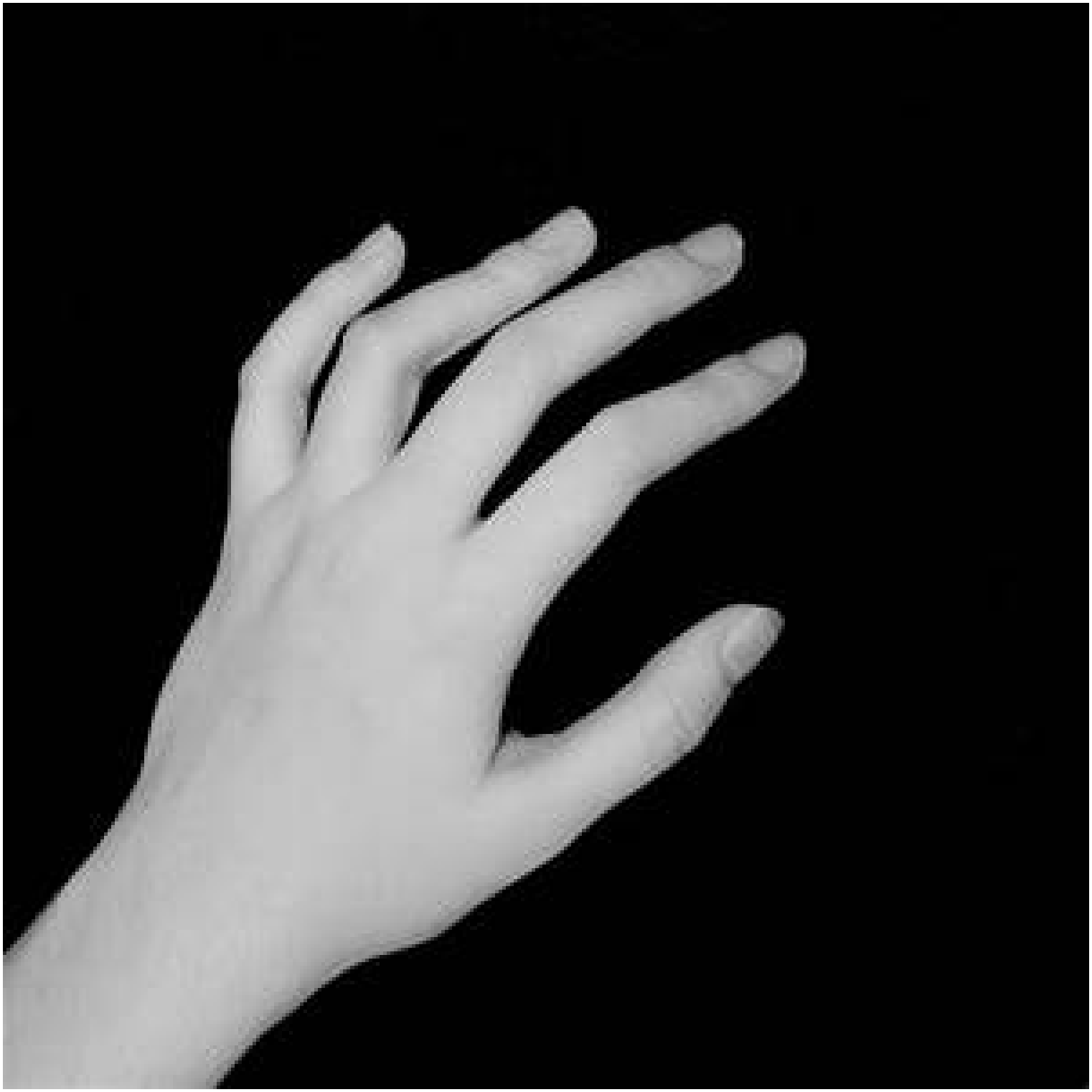
La obsesión de una obra

Abbigail Frías



Capítulo 1

Recuerdo como me deslumbró tu concentración, deseaba poder ser parte de esa escultura y que con tus manos creadoras me ordenaras ¿Pero quién podía aceptar mis sentimientos inapropiados? Por esa razón, mucho tiempo intenté no caer en la obsesión de apreciar tu agraciado ser.

Brenda, tu nombre te definía, nadie se atrevía a dirigirte una palabra incorrecta, tus ojos jugaban a la perfección el papel amenazante de quien manda y dicta sin dudar, esa atracción inevitable a tu mirada oscura, me cautivaba y no podía resistir. Una mañana rendí mis intentos, nuestra historia tomo un curso inevitable.

Yo tuve el placer de guiarte por el camino del arte, te desnudaste, me deleité con tus obras más intensas y profundas. Confiaste en mi criterio profesional, admiraste mis correcciones y análisis. Fuiste mi mejor alumna.

Todo era calma, hasta el día que me superaste en detalle y en perfección. No quedaba nada por enseñarte, nada te aferraba a mí, te ibas, te alejabas.

Una semana antes de tu exposición prometedora, te invité a cenar con la excusa de que conocieras mi vieja fortaleza, un depósito con un montón de pinturas y esculturas olvidadas. Aceptaste quizás por curiosidad. Esa noche marchaba de lujo, te sentiste cómoda a pesar del desorden… al cabo de unas horas me tomaste desprevenido, en un instante, tus manos descontrolaron mis sentidos, no te limitabas. Fui afortunado. Aun así mi plan seguía en pie, no podía permitir que te alejaras, eras en parte mi obra, mi creación perfecta. Aprecié por varias semanas con placer mi escultura más bella, hasta que el sueño terminó. Nos encontraron, me separaron de tu cuerpo, te arrancaron de mí lado.

Hoy me medican, me alimentan. Hace años me mantienen en donde no quiero estar, en donde nadie. Casi no respiro.

Muchas veces pensé ¿Me he vuelto loco? Sí, cultivé desafortunadamente las emociones equivocadas ¿Pero Quien en este mundo se siente cuerdo? Incontables voces repiten detrás de la puerta “ya está perdido”.

Me he quedado sin nada más que huesos, y un pequeño trozo de alma para no olvidar la añoranza de recordar. Amor no te he olvidado. Que recuerdo más real; tu estupenda locura, la que desparramabas pincelando.

Fui afortunado.